

# COMO ANTORCHAS...

Cierto personaje de Shakespeare -me parece que en «Medida por medida»- dice una frase cuyo contenido a mi siempre me ha inquietado: "el cielo hace de nosotros lo que nosotros hacemos con las antorchas, que no las encendemos para ellas mismas"; esto es, que no nos pertenecemos en exclusiva, que nuestro existir no puede encerrarse en sí mismo, aislarse en un fortín inexpugnable para complacerse o gozar de eso tan complejo e inefable que nos sucede: vivir.

La idea se conecta perfectamente -¿no será, tal vez, la misma?- con la parábola de los talentos. Las virtudes, las capacidades, la inteligencia con las que hemos sido dotados de manera gratuita, incluida la propia existencia, no podemos ocultarlas, temerosos y cobardes, para sólo nuestro servicio; han de salir, exponerse al sol, al viento, a la lluvia, al tráfico del mundo, como humilde calderilla que circula entre las callosas y cálidas manos de los semejantes, hasta desgastarse... Porque este desgaste, este aparente deterioro, que pudiera hacer pensar en una actividad perdida, no deseada ni deseable, es la consecuencia de haber corrido entre muchos seres, proporcionándoles ayuda, satisfaciendo necesidades, creando bienes en un trabajo multiplicador para utilidad de todos... Si al final termina con los cantos romos y desdibujadas las figuras grabadas en ella, como la antorcha convertida en cenizas, es porque han servido e iluminado a otros.

Y eso debe ser el fin, el destino de toda persona. No estamos solos. Alrededor nuestro nacen, crecen, trabajan, desgraciados y tristes unas veces, alegres y felices otras, numerosas criaturas para las que, quizá, podemos significar un punto de referencia, una guía, una luz -como de antorcha- que les evite naufragios en el temporal de la lucha diaria, o el extravío por los caminos tortuosos de este mundo. Hemos de convertirnos en una especie de fuente de radiaciones positivas con nuestra conducta. Tenemos la obligación, perentoria, indeclinable, de procurar que nuestros actos puedan servir de ejemplo.

Así fue Jesús, así, con su ejemplaridad, nos



enseñó la convivencia, el sentido de la vida, la meta hacia la que tenemos que enderezar nuestros pasos, si queremos ser, auténticamente, hombres.

La Semana Santa, se suele decir, es ocasión propicia para meditar sobre estos temas que tanto nos importan. Y no por tópica la expresión, deja de ser verdad. Entre otras cosas porque un poco por la costumbre, otro poco por el espectáculo de las imágenes en la calle, nos sentimos atraídos por los sucesos rememorados; sobre todo por la figura sin par de Jesús, visto a través de los ojos penetrantes de los más variados artistas, en escenas y momentos de su vida.

**Miguel Molina Rabasco**